

El "Rouge et Noir"

XVI

Cuenta Rabelais en su libro Gargantúa, que las primeras palabras que pronunció este gigante, cuando comenzó a hablar, fueron las de: A beber! á beber!

El gobierno del Sr. Díaz, que ya es gigante en el vicio, balbuceó desde su infancia estas otras: á jugar! á jugar!

Entre la baraja y la ruleta, ha nacido la generación de 1879.

Cuenta 80 años de vida, está todavía en la infancia, pero sabe distinguir con más claridad una sota de bastos que una línea tangente en geometría ó un diámetro polar en geografía.

Es indudable que las primeras impresiones son las más indelebles: el gitano que desde niño ve practicar

el escamoteo, sale tan suelto de manos que ratea hasta los mismos bolsillos del padre que lo engendró.

Hay en el muchacho la idea refleja que hay en el mono: hace lo que se hace, sin ver lo que hace.

Un amigo de México, me escribió a este respecto un curioso episodio:

"Cierta día - me dice - salí con mi hijo que apenas hace pininos con el objeto de comprarle algunos juguetes: en vano recorrí todas las tiendas donde esto se venden, enseñando a la criatura, ya caballito de palo ya soldaditos de plomo, ahora cochecillos, más allá muñecos de todas formas, y nada le agradaba, y seguía haciéndolo pucherero. Por fin, en la última visitada, había miniaturas de ruleta con su correspondiente juego de colores. Ver esos juguetes y abalanzarse sobre ellos el niño, todo fue uno..... No sin asombrarme con-

pielo la puleta, cavilando el
porqué mi Joaquinito había concebido
tan extraño capricho. No podía
ser hereditario, porque ni yo ni mis
padres y abuelos hemos jugado en
la vida. J.... Procuré aclarar el mis-
terio y a los pocos días descubrí...

..... Era que la piluama asistía
con el niño, en brazos a la casa de
fuego de la Calle del Coliseo!....."

En mi Administración no se per-
mitió ningún juego de azar: de aquí
que los tafures se convirtieron en
mis más furiosos enemigos y en
amigos del Sr. Díaz. ¿Y qué otra
cosa era entonces este señor sino
un albur revolucionario?

Me acaba de llegar una
carta en que se da cuenta de
un suceso trágico originado por
el juego, la muerte del Conde Joanini,
Ministro de Italia cerca del Gobierno

de México. Extracto de ella lo
esencial:

"Se acaba de suicidar el Conde Joanini,
que N. conoció en Nueva York. Triciclo
en los misterios del tapete verde el
General Pacheco, y aun se dice que
enté este, Díez G. y Narango, lo des-
pojaron de diez mil libras en su
inficiación. El diplomático quiso
rerarcirse de era feidida frecuentando
las caras de Alfaro y Martel, es decir,
huyendo de los perros fué a dar en
garras de lobos. Excuso decir a N. que
si aquellos lo desplumaron, esto lo
desollaron vivo. Viéndose perdido, el
desdichado noble italiano recurrió nue-
vamente al Sr. Pacheco, jugando con este
y perdiendo en una noche todas las
hojas de la Condesa, que el descorazonado
Coso tuvo la imprudencia de aceptar
sin ningún recordamiento. Joanini
volvió a su casa a las cuatro de

la mañana en el carruaje de Pacheco; se vistió con esmero de riquísima etiqueta, fué a dar un último beso a sus hijos, cuando ya la mañana clareaba, y encerrándose en su estudio, se disparó una pistola de duelo en el oído derecho. Esa tragedia es el tema de las conversaciones en esta Ciudad.

El Sr. Romero Rubio, cuando era Ministro, se había empeñado en que permitiéramos el juego y me decía, con ese refinado esnobismo que le es genial:

El vicio del juego, Sr. Presidente, está en el temperamento nacional. Autorizándolo, no hacemos más que obedecer a las leyes de tradición y a una exigencia del instinto mexicano...

— Pero, Sr. Ministro — le respondía yo asombrado — el dinero procedente

de todo juego de azar tras la desgracia...

— Escripulos, Sr. Herdo, escripulos y nada más: el dinero no tiene olor... non olet, como decía nuestro maestro de latín...

El día que recibí la carta anunciándome la muerte de Joanini, era el de mi natalicio: cumplía sesenta y cinco años de vida, y me hallaba tan solo como cuando estaba en el vientre de mi madre. Oh! si mi cuna está muy lejos, mi sepultura está muy distante! Mi cuna! queda allá en Jalapa escondida entre flores y nubes! Fui a Jalapa en Abril de 1829 cuando fui a pasar por Jalapa al presidente Guadalupe Victoria. Iba quieto en un caballo prieto, sonriente, con su gran sable, que brillaba como un chorro de agua a la luz del sol....

Le arrojé un ramo de flores mientras
mi hermano Miguel me sostenía en sus
hombros, para alcanzar al borde del cercado.
Montañas azules, cielo radiante.....
(pero alguien llama a la puerta, debe
ser el Sr. Navarro)

Es tiempo ya de que presente
a Vds. al Sr. Juan N. Navarro, Consul
endémico de México en Nueva York.
Es un indito de la misma tribu
de Sr. Juan N. Méndez, alto, huesoso, de
piel áspera y apergamunado, de piocha
y bigote canos y de cabellos blancos,
ojos blancos, que de lejos parecen un
sturbante en una cara de viejo be-
duino. No obstante sus setenta años,
está más bien conservado que un
chile en viagre: representa apenas
cincuenta. No le hace un servicio
a nadie, pero ni lo pide tampoco.
Dice que su patria la lleva en
el bolsillo, y dice bien. La muerte

de la primera mujer y de la hija,
en un mismo día, de vomito, se re-
volvió a su espíritu en diversas sombras
que el tiempo no ha podido disi-
par todavía. Dice que la vida es
para el cristiano una fineta, para
el brahama una carpa, para el
budhista un sueño y para el
pesimista una pesadilla..... para
don Juan Navarro, que no es cristiano, ni
brahama, ni budhista, ni siquiera pe-
simista, la vida es el Consulado, y el
provenir es el Consulado de Nueva
York. Así como no se puede concebir
a Sr. Díaz sin el trazo y la presidencia,
a don Juan no se le puede imaginar
sin el Consulado. Es tan ecopíptico,
que si la noche le llega a sorprender
en la calle, se quita los zapatos para
no gastarlos y sigue descalzo. Si
huele, se quita el sombrero y cierra
el paraguas; si tiene hambre, bebe

aqua; si sed, come pau. Todos los días
llevo al consulado, en la bolsa del
sobre todo, el almuerzo de la mañana,
consistente en algunos mendrugos. Sus
dientes son blancos y aguzados como
los de un jabalí en el invierno, ó
los de un beato en tiempo cuaresmal.

A pesar de esos ligeros defectos, co-
nozco que tiene por mí gran predilección.

— Primeramente, amigo y Sr. D. Sebastián -
dijome al entrar - Saludo á V. de -
según muchos días como éste.....

— Gracias, hombre, gracias.

— Después, me permitirá que le
pida por haber desatendido la
súplica de su ahijada.

— Cuál ahijada hombre, cuál ahijada?....

— Carmelita Romero Rubio, que es-
cribió á V. rogándole que recibiera
á su papá y á su esposo, á Ro-
mero Rubio y á Díaz, á quienes
tuvo V. la dureza de dar con

las puertas en la cara.....
— Mire Vd, don Juancito, habtemos de
otra cosa, que estos asuntos me ponen
más nervioso que una doncellona.....

— Al contrario, Sr. Herdo, habtemos
del asunto..... ¿Sabe V. que la actitud
de crueldad observada por Vd. estuvo
á punto de dejarme sin el consulado?
Y sin el consulado, la vida me es
perfectamente odiosa, si Señor, odiosa.

— Pues escuche V, Sr. Navarro, la carta
que me dirigió mi ahijada Carmen,
con ese motto voy á leerle á Vd.
con todos sus puntos y sus comas:

"Nueva York, Abril 21 de 1883. - Señor
Don Sebastián Herdo de Fefada - Mi
muy querido padrino: - Está el
quinto que tengo de escribirle y la
ansiedad que siento por verle y
abrazarte, que ya quisiera que
el día de hoy fuera el de mañana
y el de mañana durara mucho tiempo.

Papá entregará á Vd. esta carta, sino
en propia mano antes de verle. Porque
le verá á Vd. ¿no es verdad, querido
padrino? Ha acompañado de mi
esposo el Gral. Díaz que también es-
pera verle y reconciliarse con Vd. Si
supiera Vd. padrino, que bueno y generoso
es mi marido, le perdonaría V. todos
los males que, involuntariamente le
ha causado. El está deseoso de que
V. vuelva á México, tan deseoso
como papá y mamá; sus amigos
le calumniaban presentándole como
un hombre cruel y rencoroso, siendo
el reverso, humanitario y generoso
como pocos. Ah! Padrino, padrino,
cuánto tengo que decirle cuando
hablemos á solas! Dios perdonó
á sus enemigos en la cruz! per-
donará V. á Papá que lejos de ser
un verdugo, solamente ha sido muy
desgraciado. Hoy irán á verle, y como

no dudo que V. lo recibirá, ya me
preparo yo para tener la gran dicha
de verle y quizá volveremos juntos
á México. Como quedo de rodillas si-
diéndoselo á una Virgen de Guadalupe
que he traído conmigo. - le manda
mis expresiones de cariño su ahijada
"Carmen"

- Ah! ¿llora V. Sr. Navarro?
- Es que me acuerdo de mi hijita....
- Si le mostrás á Vd. la carta de
mi ahijada, Sr. Navarro, ha sido para
demostrarle que si no accedí á la
plegaria de una Señora, menos
podría acceder á la intercepción
amistosa de un Cónsul.
- Seme V. razón, amigo y Sr. Don
Sebastián, y haga V. de cuenta
que mis palabras son tajos en
el agua..... y á que se trata
de confidencias, diré á Vd. que el
General Díaz se ha cubierto de

vicio, para México es una necesidad no solamente política, sino sociológica. Para muchos de nuestros paisanos el trabajo es una de las cosas más fastidiosas, y el juego y las revoluciones, tareas divertidísimas. Luego, tienen que jugar ó revolucionar; si lo primero, ellos solos se dañan y dejan en paz al gobierno. Si lo último, dañan al gobierno no dejándolo en paz. Y como la tranquilidad es la base de la moralidad pública, tiene Ud. que el juego es una política, un elemento moralizador.

En el Tapete verde hay dos fuerzas de antagonismo, perfectamente equilibradas: la del que pierde y quiere desquitarse, y la del que gana y quiere ganar más. Al uno y al otro nada les importa la forma de gobierno: su actividad intelectual gravita en estos dos vocablos res-

pectivamente: ganancia y la pérdida. Anteriormente se acumulaban fortunas por medio de las revoluciones; al presente, se adquieren por los albuces y las loterías. Así, en sana lógica el gobierno del General Díaz ha sabido sabiamente en permitir y fomentar toda clase de juegos. Yo prefiero ver a México convertido en un inmenso tapete verde que transformado en grandioso campo de batalla. Y advertíase que no habla el Consul, sino Juan M. Navarro.

— Pedro Compadre Navarro tiene la ferocidad de un Schopenhauer.

— Ha dicho V. de un jaguar?

— No hombre, me refero á un pesimista alemán.

— Es lo mismo pero yo lo juro por la ceniza de mi cigarro, que si Ud. hubiera autorizado albuces y loterías, esta es la hora que jambe.

de cog no estaba en el Ministerio
de fomento..... Pero vamos a otra cosa,
que a lo que vengo, vengo: aquí está
esta cajetilla de cigarrillos habanos
como humilde souvenir del día de su
natalecio..... ¿Ya dónde está la
botella de Cognac? ¡uf! hace un
calor tropical... ¡uf!!
" "

"Don Sebastián, pido a Vd.
mil perdones....."

XVII

La tarde del 21 de Abril de 1886
me había propuesto visitar el Parque
Central en compañía del Dr. Alvarado.
Era una de esas hermosas tardes que
marcan la transición del invierno al
verano en estos climas, uno de esos
días brillantes y calurosos que derriten
el último témpano de nieve y
hacen brotar las lilas azules en
el húmedo sendero. Poníame ya mis
guantes de color de palo de cereza
y abría mi saloncito de recepción,
cuando una forma humana me
interceptó el paso diciéndome cortemente:
— Don Sebastián, pido a V. mil perdones...
El interior de las casas americanas
es generalmente oscuro. Construidas en